

EL ROTO

fragmentos de la versión definitiva

Del Sumario

27
28.29
30.31
32
34.35

A un cronista (o cómo hacer una crónica según J. E. B.)

El 18 del Centenario

Conversación póstuma con Joaquín Edwards Bello

Variación sobre obsesiones de J. E. B., por Jorge Teillier

J. E. B.: los fantasmas y su muerte

Informe a una academia

UN DOCUMENTO

arbol
arbol de letras
letras
arbol de letras
arbol
de letras
árbol de letras
Editorial Universitaria

JOAQUIN EDWARDS BELLO

4 VOL. 1 e° 1,50-



PARIS 1911 (ARCHIVO DE LA NACION)



VALPARAISO EN 1908.

● UN DESAFÍO CHILENO

La Editorial Zig-Zag ha obtenido los derechos exclusivos en lengua española del libro *LE DÉFI AMÉRICAIN* de Jean-Jacques Servan Schreiber. Esta obra y las *ANTI-MEMORIAS* de Malraux han sido los libros más vendidos y comentados en Europa en los últimos seis meses. Este éxito editorial es digno de destacarse, pues Chile es el único país editor de habla hispana que no tiene ninguna franquicia estatal, ni legislación que permita la difusión continental que merecen nuestros escritores y hombres de ciencia.

Contrasta esta situación con las facilidades de todo orden existentes en Argentina, México y muy especialmente España, que exporta a América Latina cerca del 80% de su producción editorial. Por otra parte, grandes empresas editoras norteamericanas y soviéticas han descubierto que es un gran negocio editar también sus libros... en castellano: naturalmente, para venderlos a nuestros países subdesarrollados.

Ahora que se habla tanto —y con razón— de colonización cultural y pensamiento enajenado, valdría la pena que nuestras autoridades se dieran cuenta de las insospechadas posibilidades que Chile ofrecería en el campo editorial, si se tuviera el sentido práctico y la imaginación necesarios para dar "el gran salto adelante" en el mundo editor latinoamericano en los próximos tres o cuatro años. Urge romper —por lo menos en este caso— la tupida y caótica red de leyes y disposiciones inconexas que ahogan el empuje empresarial chileno, desalientan a escritores y artistas y cierran todos los caminos a nuestra juventud.

● DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE A J. E. B. El Departamento de Extensión Cultural de la UCH ha dispuesto para los próxi-

mos meses de junio y julio un ciclo de conferencias en homenaje de Joaquín Edwards Bello. Participarán catedráticos universitarios y escritores nacionales.

● DROGUETT EN PRAGA

La revista *SVETOVA LITERATURA* (*Literatura Mundial*) de Praga, en su edición del mes de mayo, publica el texto completo de *ELOY*, de Carlos Droguett (hay edición chilena, Edit. Universitaria, colección *CORMORAN*). Tiraje de la edición checoslovaca: cien mil ejemplares. Traducción del poeta Lumir Cvrny, quien visitó Chile



el año 1967. La edición en forma de libro de *ELOY* aparecerá a fines del presente año, con el sello editorial *DILIA* de Checoslovaquia.

● GENIO Y FIGURA DE ALBERTO BLEST GANA Con este título *EUDEBA* (Edit. Univ. de Buenos Aires) anuncia la publicación de un nuevo libro del escritor chileno Hernán Poblete Varas. Novedad del mes de abril. ¿Cuándo llegará a las librerías chilenas?

● ANTONIO CISNEROS

Ganador del Premio de Poesía *CASA DE LAS AMÉRICAS 1968* —por *EN MEMORIA*— tiene 25 años de edad. Peruano, vive en Londres. Integraron el jurado: León de Greiff, Juvencio Valle, Jorge Enrique Adoum, Claribel Alegría y Fayad Jamís. Mario Vargas Llosa ha publicado una extensa semblanza de su joven compatriota en *MARCHA* de Montevideo. El libro de Cisneros se publicará bajo el título de *CANTO CEREMONIAL CONTRA UN OSO HORMIGUERO*.

● LECCION DE ITALIA

En Milán se ha creado un nuevo premio literario: se otorgará a quien menos haya merecido alguno de los muchos premios del año 1967.

● DEL ANATEMA AL DIALOGO

(Los puentes entre cristianismo y marxismo), del crítico marxista Roger Garaudy, ha sido traducido al inglés por la casa editora Herder & Herder, la más importante editorial católica del mundo.

● En la producción de libros infantiles, la Unión Soviética marcha a la cabeza, seguida de Inglaterra, Estados Unidos y la República Federal Alemana.

● DARIO Y MAS DARIO

Hay que recordar esta fórmula —ya famosa— de Gonzalo Rojas, pues prosiguen las contribuciones al centenario del nicaragüense. El Centro Editor de América Latina (CEAL), en su Biblioteca de Literatura, acaba de publicar un ensayo de 290 páginas del escritor y profesor argentino Enrique Anderson Imbert, quien sirve actualmente la cátedra de Literatura Hispanoamericana en Harvard: *LA ORIGINALIDAD DE RUBEN DARIO*. Aquí en Chile se publicaron, el año recién pasado, dos libros medulares: *EL MODERNISMO EN CHILE Y EN HISPANOAMERICA*, de Mario Rodríguez Fer-



nández (Instituto de Literatura Chilena de la UCH, Edit. Universitaria), y los *DIEZ ESTUDIOS SOBRE RUBEN DARIO*, editados por ZIG-ZAG; los ensayistas son Enrique Anderson Imbert, Jaime Concha, Manuel Pedro González, Raimundo Lida, Juan López-Morillas, Juan Loveluck, Octavio Paz, Allen W. Phillips, Iván A. Schulman y Raúl Silva Castro. Selección a cargo de Juan Loveluck. A estas obras debe agregarse la recientísima *DARIO*, del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Chile: contiene las conferencias de Luis Oyarzún, Eleazar Huerta, Jaime Concha, Raúl Silva Castro, Fernando Alegría, Mario Rodríguez Fernández, Hugo Montes y Luis Iñigo Madrigal.

● PREMIOS MUNICIPALES 1968

POESÍA: "El árbol y otras hojas", de Homero Arce y "Salar", de Ernesto Murillo. *NOVELA*: "Tiempo de Arañas", de Rodrigo Quijada y Rodrigo Baño. *CUENTO*: Benjamín Morgado. *TEATRO*: "La niña en la palomera", de Fernando Cuadra. *ENSAYO*: "El Modernismo en Chile e Hispanoamérica", de Mario Rodríguez Fernández y "Literatura Chilena del siglo XX", por Fernando Alegría.

• *En vez de parecer sabio el cronista ha de parecer niño* • *El periodista ha de variar sus temas por obligación: un día podrá tratar de la Antártida y al día siguiente de coles, de rábanos o cogoterros* • *El mayor mérito del cronista sería el de conseguir una marca de fábrica personal que le hiciera inconfundible y atrayente* • *No caiga en polémicas respecto de ningún artículo* • *El periodismo es una pasión* •
El pedante es enemigo del diario

El éxito de un cronista de diario depende de la simpatía que irradian sus escritos. La simpatía es comprensión. Se desarrolla cuando el lector descubre que han expresado sus propias ideas o deseos, con gracia y claridad.

En vez de parecer sabio, el cronista debe tratar de parecer niño, por cuanto el conjunto de los lectores de un diario es más parecido al niño que al sabio. La masa lectora está compuesta de un número considerable de obreros, de niños, de mujeres y deportistas, gente sencilla que usa un vocabulario reducido. Por lo mismo, el escritor, si es realmente sabio y dueño de un vocabulario abundante, ha de esforzarse para ocultar su sabiduría. No pocos lectores han venido a preguntarme, a veces, qué significa peyorativo, concatenación, complejo de Edipo, síndrome de Frölich, y otras expresiones usadas en los diarios. El pedante es enemigo del diario, y no dura.

Generalmente usa el diario a manera de lanzadera o trampolín.

Después de descubrir a Freud, a Marx, a Engels y a Proust, algunos jóvenes practican un lenguaje confuso, por no decir un galimatías espantoso. Se deleitan poniendo expresiones de obras científicas, tales como totem, tabú, antidühring, cuarta dimensión, axa, *ibid* y *libido*.

No olvidemos que con imágenes populares y con palabras corrientes se puede hacer maravillas. El periodista ha de variar sus temas por obligación: un día podrá tratar de la Antártida y al día siguiente de coles, de rábanos o de cogoterros.

Es claro que los inevitables confusionistas le echarán

Nada agradece tanto el público lector como una buena lección de cosas, desprendida de la actualidad: lo mismo pasa con los relatos novelados, nacionales. El mérito mayor del cronista sería el de conseguir una marca de fábrica personal que le hiciera inconfundible y atrayente. Conviene apretar y despojar los escritos para decir el mayor número de cosas con el menor número de palabras. Un Machiavello del periodismo mandaría mencionar tan a menudo como fuera posible nombres de personas de los diversos sectores de la sociedad, ya sea alabando el talento de algún político, el donaire y la belleza de una dama anticuada, el talento de un poeta, la capacidad de un urbanista o la destreza y el poder de un atleta. Es costumbre social sana ser amable con los viejos y con las damas semiolvidadas. A nadie molestaríamos si pretendiéramos probar que las agradables tardes frescas del verano santiaguino fueron obtenidas merced a un método de plantaciones arbóreas efectuadas durante el mandato de determinado estadista sensible y humanitario. No estaría de más inventar de pasada un descendiente directo del Duque de Medinaceli, venido a menos. Un filósofo francés dijo: "Regaloneamos casi siempre a los niños, lo que es peligroso, y muy raras veces a los viejos, lo que carece de peligro". Siempre hay un público agradecido para la crónica que trae recuerdos de felicidades, de honores y de ceremonias del pasado.

No caiga en polémicas respecto de algún artículo. Son trampas que le agriarán el carácter y no pondrán nada en limpio. Se lucirán a costa suya. El cronista es el filántropo

A UN CRONISTA

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

en cara su versatilidad. Esta condición ha sido señalada en los hombres de mayor talento en las épocas peores, cuando eran discutidos y no se zafaban de las garras de la mediocridad. Cristóbal Colón y Napoleón, antes de su celebridad, fueron tildados de charlatanes. Hubieran sido excelentes periodistas por cuanto lo que el vulgo envidioso tilda de charlatanismo es muchas veces la aparición súbita de porciones de sabiduría, "como los islotes en el mar son picachos de continentes sumergidos". Mahatma Gandhi publicaba un semanario llamado HARIJAN. En el mismo número en que escribía un editorial contra el dominio británico, agregaba una pequeña crónica para elogiar las virtudes medicinales de la soja, del almendro y del mango. Otras veces escribía sobre el arte de tejer y los trabajos manuales.

de las letras porque entrega su haber al público en calderilla. Si se viera obligado a repetirse, cite a Tardieu: *Je dis toujours la même chose parce que s'est toujours la même chose*.

Si llegara a hacerse notar por sus crónicas le saldrán enemigos de esos "porque sí".

La envidia es espontánea. No hay peores odios que los irrazonables. Cuando reciba anónimos o cartas con insultos, rómpalas y olvídelas. No dispere antes de apuntar. Cuando se crea capaz de dominar un tema, tómelo a dos manos y así podrá agarrar a la vez al lector. Una buena crónica debe moverse tan airosamente como la moabita con el cántaro en la cabeza.

El periodismo es una pasión. Ha visto llegar escépticos, y muy pronto fueron apresados por este vértigo. El periodista vive en artículos. No para de escribir.



EL 18 DEL CENTENARIO

El Dieciocho es una mezcla de 14 de julio parisiense con la melancolía oriental de la Semanita Santa de Sevilla. El campo da un fuerte sentido de lo real, con algo de indispensable vulgaridad. Niñas en la edad del pavo. Los cadetes parecían juguetes finos, importados y en caja.

El Dieciocho es una mezcla de 14 de julio parisiense con la melancolía oriental de la Semanita Santa de Sevilla. Caballos, coches, bellezas femeninas, soldados, elegancias, Te Deum, carreras y feria en el Parque. Cada día significa inauguraciones y novedades. La muchedumbre de pie es chilénísima. Vamos a ver los carruajes en 1910. Había pocos autos, de Tisné y de Copetta. El paso de los carruajes era observado con curiosidad y orgullo. Estos fluían por las calles en dirección a la cita en las verdes dulzuras del Parque, pasando por la Alameda de las Delicias, tan bonita como su nombre. El Chile agrícola de entonces era rico, por cuanto vivía más de sus producciones. Agricultura, casa en Santiago, hipoteca y política no conseguían producir lesiones en el organismo nacional. En coches y caballos competían las familias agrícolas y la ciudad se extasiaba en la espectacular competencia. La bisutería hípica, bruñida y como nueva, brillaba

en la carrera vespertina, en la ida y en el regreso por las calles prósperas, Dieciocho y Ejército, en cuyos espaciosos balcones se hacían tertulias de damas mayores, de niñas en la edad del pavo y de ancianos indulgentes para los placeres de los jóvenes, que ellos no buscaban. El público de ojos inquietos no cesaba de comentar la calidad de los carruajes, de las personas y de los caballos. Unos carruajes distanciaban a otros y se diría que preludivan las grandes carreras que tendrían lugar el 20. Los entendidos señalaban la procedencia de los bellos brutos, barnizados por sus propios sudores. Eran caballos finos, importados o mestizos, que arrojaban espumarajos de baba y daban furiosos cabezazos. Algunos eran conocidos.

—Esos son de Villuco.

—Esos otros de La Peña.

Pasó una victoria casi perfecta con dos alazanes, cochero y lacayos de libreas azules y sombreros de copa. Dentro iban un señor grueso, rubio, inmó-

vil, y dos damas como figurines de París, asimismo inmóviles. Algunas bestias manoteaban como en los circos. El último coche "americano" del Chile austero, el de don Ramón Santelices, desafiaba el conjunto de carruajes, todos pimpantes, ingleses o franceses, inclusive el *mail* de la familia Undurraga. Pero mucho más desafiaba la carretela endieciochada con la familia chilena soñolienta, el canturreo, la guitarra y el quiltro que ladraba de un lado a otro, como si quisiera defender su eclipsada chilenidad.

Hubo en ese septiembre inolvidable de 1910 no una, sino cien notas trágicas, cómicas, políticas, de una intensidad magnificada en el recuerdo. En el Parque Cousiño fue la aparición de una mujer misteriosa, de belleza casi sobrenatural, y en carruaje Renault, esto es, en un automóvil del tiempo de entonces, abierto y majestuoso, con chofer francés. *L'inconnue* parecía francesa, y no lo era; parecía actriz, y no lo era; parecía de la

diplomacia, y no lo era. Ya la describiremos y contaremos su historia. Lo cierto es que algunos jóvenes osados pretendieron seguir al Renault para dar con la casa de la misteriosa, pero no lo consiguieron. Esto ocurrió una tarde del diecisiete de septiembre de 1910, en vísperas del Te Deum del más famoso de los septiembreres. Los carruajes regresaron del Parque cuando comenzaba la noche. Durante la comida los elegantes de Santiago se preguntaban quién sería la bella desconocida.

DÍA DIECIOCHO Y TE DEUM

Cañonazos lejanos anunciaron a los santiaguinos la salida del sol del Dieciocho. La ciudad se vació a las calles como un cántaro.

Tras de una serie de prestidigitaciones del Destino era Vicepresidente en ejercicio don Emiliano Figueroa. El 16 de agosto había fallecido don Pedro Montt; el 6 de septiembre fa-



llegó el sucesor de éste, don Elías Fernández Albano. De estos desastres salió como el Ave Fénix uno de los hombres, a quien ahora reconozco un valor incalculable. Chile encontró su ritmo en él. Era del tipo físico que gusta en Chile, medio huaso, payador, valiente, enamorado y sencillote. Un Segundo Sombra chileno, grande y fuerte, con algo de viñate-ro, de alta frente ancha y barbas de oro, crespas. Algunos veían por primera vez esa figura fulgurante de juventud, que más tarde sería familiar, "Me gusta", decían por las calles. Al verle, todo el mundo aplaudía. Era el reverso de don Pedro Montt, y al público ingrato le agradó el cambio. En esos años a un chileno le hubiera sido desagradable tener otro Presidente triste y de cara tétrica, con tipo de *croque-mort*, como don Pedro Montt, no obstante sus indiscutibles méritos. Don Emiliano, dorado y campestre, parecía el Presidente hecho para el Chile feliz del Centenario. Su cara estaba oreada por aires errantes de boldo y peumo en Quilpué, la hacienda de don Claudio Vicuña, su patrón. El campo da un fuerte sentido de lo real, con algo de indispensable vulgaridad. El truco de un negro triste por un rubio alegre *tonificó* a todos. Algunas damas derramaban lágrimas cuando pasaba don Emiliano. A primera vista inspiraba confianza. Recuerdo cuando lo vi por primera vez. Era un aire suave en la tarde. Pasó en el carruaje presidencial, de suaves muelles. Iba con el Presidente argentino, el "jettatore" Figue-

roa Alcorta. Al lado de don Emiliano la "jetta" se evaporaba. Todo el mundo aplaudía. Su fisonomía era tranquila, risueña, con el buen humor constante del gordo alegre de vientre victorioso y patilla rizada.

Esta clase de hombre encanta y seduce a las multitudes. Las mujeres le comparaban con sus maridos y se ponían graves. La muerte de don Pedro Montt no entristeció sinceramente a nadie. Dicen los filósofos, y Kant entre ellos, que el público goza con las catástrofes; lo cierto es que en el aire encantado del Centenario las muertes se cambiaban en fiesta. Los políticos secaban sus lágrimas de cocodrilo y tomaban posiciones para ganar provecho en un tiempo tan lleno de promesas. En el restaurante Gage estallaban las botellas de Veuve Clicquot. Los ojos echaban chispas. Los acaeceres más dramáticos adquirirían calidad infantil y alegre bajo la limpidez voluptuosa del cielo, lechoso y dorado. El clima era el serenador, el concertador del orden. Don Emiliano, Presidente de cuatro meses, como rey de primavera, con tipo de poeta de campo a lo Catulle Mendès, era la mejor señal de la buena estrella de Chile.

Así llegó el Te Deum de 1910 en la Catedral. El pueblo se vació en la Plaza de Armas. Su reserva, que parece apatía, estalló. En la Catedral late el pulso colonial en su mejor expresión. Llegó la Escuela Militar a tomar posiciones. Automática, esbelta, elegante, gimnástica en sus movimientos, con ese aire de cuerpo de ballet militar, o alegoría de lo más perfecto en el mun-

do, es nuestro orgullo. Precedía la banda de *tambores y pitos*. Dirigía el comandante Barceló. En apostura y belleza marcial nadie ha superado ese espectáculo. Todo se movió en un clic de precisión. Los cascos relucientes remataban con la espuma impresionante de los crines del Heracles germánico, temible y hermoso. Barnizados, nuevos y simétricos, los cadetes parecían juguetes finos, importados y en caja. El viento de septiembre infló la túnica guerrera de la República y ponderó lo más belicoso de su espíritu. En la plaza se sentía eso en un olor mezclado de flores y de caballos. El hábito sensual de la primavera se juntaba con las tufaradas del incienso y cera de la Catedral. Se abrían las válvulas intestinales de los caballos y caía la bosta, que era parte del olor de septiembre. Hubo, además, algo indescriptible: la presencia del ejército argentino en la capital. Sutil competencia con victoria de Chile. Los acordes marciales chilenos se mezclaron con los del himno de San Lorenzo. Los caballos chilenos, nerviosos y más pequeños se cotejaron con los argentinos de los granaderos de San Martín, grandotes y huesudos. Las niñas corrían de un lado a otro, excitadas y brillantes. Al mismo tiempo gritaban: ¡Los cadetes! ¡Los cadetes! Un extranjero enriquecido en su tienda arrastró a su mujer, a su criada y a tres críos. Corrían para ver pasar al hijo cadete, ese milagro de Chile. El padre de por allá, de un terroso y miserable país oriental, no cabía de orgullo cuando miraba al hijo cadete, vestido y disci-

plinado a la prusiana en Chile. ¡Allá va! ¡Allá está! La familia entera corría para ver al cadete. Los oficiales a caballo, esos machos hermosos y mecánicos que daban órdenes a la tropa con voces de trueno, *empequeñecían* a los civiles y los políticos que pasaban con sus levitas negras y con sus sombreros de copa de prestidigitadores. Sin embargo, don Emiliano resistió el contraste. Se hizo silencio. Presentaron armas. El público retuvo el aliento. Emoción. Llegaba la escolta que precede a los carruajes de la Presidencia. Pasó don Emiliano. Le miraron con alegría, como si se tratara de la felicidad personal de cada cual. Era como de la familia. La cabeza, grande, hermosa y barbuda, se aclaró en una sonrisa. Las banderas de Argentina y Chile se anudaron entonces por primera vez, agarradas y formando cortinajes de concordia. Esa noche el representante del Parlamento argentino dijo en su discurso: "La vigorosa juventud chilena, marchó hoy del brazo de la argentina, representada por sus cadetes militares, en la vieja Alameda donde O'Higgins prolonga su galope al encuentro de San Martín. Un mismo anhelo ha juntado a ambos pueblos, y no puede esperarse otra cosa de países como el nuestro, donde por cada cañón que pasa hay mil arados que rompen el suelo y que rodea sus 43 cuarteles con las blancas murallas de diez mil escuelas, y mientras 20 mil jóvenes reciben instrucción militar más de un millón acude a las escuelas con 70 mil maestros".

Bibliografía

EL INUTIL. Novela. 187 pp. 1910 (4 ediciones), TRES MESES EN RIO DE JANEIRO (Crónicas). 239 pp. 1911.
 EL MONSTRUO. Novela. 1912. 239 pp. (3 ediciones).
 LA TRAGEDIA DEL TITANIC. Narración. 1912. 77 pp.
 CUENTOS DE TODOS COLORES. 1912. 163 pp.
 LA CUNA DE ESMERALDO. Preludio de una novela chilena. Observaciones y orientaciones americanas. 1918. 248 pp.
 EL ROTO. Novela. Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. Editorial Chilena. 1920. 246 pp. (7 ediciones).
 METAMORFOSIS. Prosa y verso. 36 pp. Imprenta Universitaria. 1921. 36 pp. Sobre el título: Jacques Edwards, Chargé d'affaires Dada au Chili. CRONICAS. Valparaíso-Madrid. 1924. 179 pp.
 EL NACIONALISMO CONTINENTAL. Crónicas. Madrid. 1925. 174 pp.
 TACNA Y ARICA. GAP POLONIO. Madrid, Ediciones Adarigam 1926. 122 pp. (3 ediciones).
 EL BOLCHEVIQUE. Novela breve. Ediciones Lectura Selecta. 1927. 28 pp.
 EL CHILENO EN MADRID. Novela. Editorial Nascimento. Santiago, 1928. 285 pp.
 VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO. Novela. Santiago, Editorial Nascimento, 1931. 226 pp.
 CRIOLLOS EN PARIS. Novela. Santiago, Editorial Nascimento, 1933. 397 pp. (3 ediciones).
 EL BOMBARDEO DE VALPARAISO Y SU EPOCA. Santiago. Ediciones Ercilla, 1934. 174 pp. (2ª edición, Zig-Zag, 1965).
 DON ELIODORO YAÑEZ, "LA NACION" Y OTROS EN SAYOS. Ediciones Ercilla, 1934. 168 pp.
 DON JUAN LUSITANO. Nascimento, 1934. 114 pp.
 LA CHICA DEL CRILLON. Novela. Ediciones Ercilla, Santiago, 1935. 279 pp. (5 ediciones, la última, Zig-Zag, 1966).
 EN EL VIEJO ALMENDRAL. VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO. Novela. Editorial Orbe, Santiago, 1943. 635 pp. (3 ediciones).
 VALPARAISO. FANTASMAS. Nascimento, 1955. 415 pp. Reelaboración de Valparaíso, la ciudad del viento.
 VALPARAISO. Santiago, Editorial Nascimento, 1963. 431 pp. (Corresponde a una 4ª edición chilena de Valparaíso, la ciudad del viento).
 CRONICAS. Zig-Zag, Santiago, 1964. 270 pp.
 RECUERDOS DE UN CUARTO DE SIGLO. Selección de Alfonso Calderón. Zig-Zag, 1966. 268 pp.
 NUEVAS CRONICAS. Selección de Alfonso Calderón, Santiago, Zig-Zag, 1966. 294 pp.
 HOTEL ODDO. Selección y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago, Zig-Zag, 1966. 303 pp.
 EL SUBTERRANEO DE LOS JESUITAS Y OTROS MITOS. Selección de Alfonso Calderón. Santiago, Zig-Zag, 1966. 311 pp.
 EL ROTO. Versión definitiva. Ediciones Cormorán. Editorial Universitaria, 1968.

La vida

1887. 10 de mayo. Nace en Valparaíso. Descendiente de don Andrés Bello. Su infancia transcurre en Valparaíso, Quillota y Quilpué.
 1901. En el Liceo de Valparaíso funda y dirige la revista *Juventud*, que dura cuatro números.
 1903. En la revista *Pluma y Lápiz* publica la narración humorística *La zapatilla homicida*, sátira de los folletines entonces de moda.
 1904-1909. Viaja por París, Londres, España.
 1910. Publica artículos en *La Mañana*, de Santiago. Aparece su primer libro: *EL INUTIL*. Viaja a Río de Janeiro.
 1911. Viaja a Europa por tercera vez.
 1914. La Primera Guerra lo sorprende en París. Por su apellido inglés es considerado ciudadano británico y enrolado en un ejército de zuaivos. En una de sus crónicas confiesa que se abstuvo de narrar este percance por riesgo a ser tildado de mitómano. En esa unidad militar permanece durante algunos meses hasta ser liberado por gestiones oficiales del gobierno de Chile.
 1919-21. Regresa a Chile. Contrae matrimonio con doña Angeles Dupuy, de quien tiene dos hijos. Se inicia como periodista en *LA NACION*.

Advertencia.

La vida de un autor se mide por la vida de su obra. Un autor vivo puede estar ya muerto si al abrir sus libros no encontramos con quien dialogar. Pocos autores chilenos han alcanzado la significación fundamental de Joaquín Edwards Bello: la de estar constantemente haciéndonos pensar en nuestra realidad e inquirir por nosotros mismos y por cuanto nos rodea. Su voz es siempre nueva como la del buen vino que gana con los años, y no pierde permanencia desde que conmoviera con *EL INUTIL* el año mismo del Centenario de nuestra Independencia. Al acercarnos a la obra de Edwards Bello no nos acercamos al "papel cansado" sino a un autor viviente y presente, a través de cincuenta años de labor literaria y periodística, treinta volúmenes, cerca de diez mil crónicas. Nuestro reportaje es póstumo pero exacto: las respuestas de Edwards Bello están tomadas literalmente de sus libros. Esta "conversación de ultratumba" no debe ser mirada como una arbitrariedad, sino como resultado de un natural acercamiento de lector a un autor que, repetimos, a través de su amor y su pasión por la vida conquistó —no nos parece prematuro decirlo— una definitiva permanencia como testigo y actor de nuestro existir.

En cuanto a los datos biobibliográficos, ellos están resumidos principalmente del *BOLETIN DEL INSTITUTO DE LITERATURA CHILENA*, dirigido por César Bunster, agosto de 1964, números 7-8.

1925. Realiza un quinto y último viaje a Europa, con rango diplomático, ante la Liga de las Naciones en Ginebra. En otra de sus crónicas cuenta el asombro de las demás delegaciones al ver lo nutrida de la chilena.
 1926. Regresa a su patria. Fallecimiento de su esposa.
 1932. Recibe el Premio Atenea, de la Universidad de Concepción, por su novela *VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO*.
 1934. La Universidad de Chile le confiere el Premio Marcial Martínez por su libro *CRIOLLOS EN PARIS*.
 1940. Junto con aparecer la cuarta edición de su novela *LA CHICA DEL CRILLON*, se estrena en Santiago el film homónimo dirigido por Jorge Délano (Coke).
 1943. Se le otorga el Premio Nacional de Literatura (Jurado: Ricardo Latcham, Domingo Melli, Ricardo Montaner Bello, Armando Donoso y Manuel Rojas).
 1953. Contrae matrimonio con doña Marta Albornoz Díaz-Loyola.
 1954. Se incorpora a la Academia Chilena de la Lengua. (27-IX).
 1958. Es designado Hijo Ilustre de Valparaíso por la Municipalidad del Puerto.
 1959. Recibe el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de Redacción.
 1960. Permanece postrado por un primer ataque de hemiplejía.
 1964. Aparece una selección de sus Crónicas. Empieza a preparar una reedición de *El Roto* (ahora en *CORMORAN, EDITORIAL UNIVERSITARIA*), *La hora del Corvo*, *Centenario*, y otras selecciones de sus crónicas.
 1968. 19 de febrero. Se quita voluntariamente la vida. Su entierro da motivo a honores oficiales. Es velado en la Casa Central de la Universidad de Chile. Su cortejo se detiene ante el diario *LA NACION*, donde colaboró los días jueves durante medio siglo.

● **¿Qué lleva replegado en lo más secreto de su espíritu?**

—Se trata de un sueño que tuve hace algunos años. No todos nos atrevemos a contar esta clase de rarezas. Los hombres importantes creen que si cuentan sus rarezas se disminuyen. No las cuentan pero las tienen. Yo no soy un hombre importante. Voy a contar mi caso. Hace algún tiempo tuve un sueño muy impresionante. Soñé que iba en un asiento aislado del tren a Valparaíso. De pronto el tren se detuvo con fuerte golpe de ferralla, de palancas, de freno y de rieles. Se escucharon gritos agudos de pánico. Aparecieron por las puertas del fondo unos individuos con las caras tiznadas y pistolas apuntando a nuestras cabezas. No hice caso de sus gritos de arriba las manos. Todos hicieron caso menos yo. Ya verán quién soy yo. Saqué mi revólver Smith y Wesson, heredado de mi padre, que ahora mismo veo. Número 222746. Patente enr. 24-66, reissue 82.

Sigo con el sueño. En vez de levantar los brazos apunté a uno de los bandidos. Lo maté. El otro me herió de un balazo en el pecho, pero seguí disparando y lo derribé. Entonces caí muerto, como he deseado, de pie y en pocos segundos, no en cama, entre chatas, potingues y frascos.

● **Durante más de medio siglo estuvo usted continuamente poniendo el dedo en la llaga, como se dice —tanto en sus miles de artículos como en sus obras de ficción—, en los vicios nacionales, como Larra lo hiciera en España. Entre las malas costumbres cotidianas chilenas, ¿cuáles le parecen particularmente detestables?**

—En días de lluvia parece que los paraguas fueran fantasmas movidos de por sí, sin conciencia. Se dan unos a otros tremendos encontronazos.

El W.C. público es inhumano. El que habla por teléfono público no se ocupa del que podría esperar a que termine su pololeo. Simplemente se cuelga del teléfono. En ciertas calles no se puede pasar, porque unos cuantos ociosos se detienen a calumniar al Presidente en medio de la vereda.

En los teatros la gente tardía se abre paso a codazos y cabezas. La gente carece del sentido de la discreción y de la oportunidad... No se puede tener oficina visible a causa del latero nacional.

● **Cual más, cual menos, todos sufrimos o hemos sido "lateros". ¿Cuál es su definición de tal espécimen?**

—Plaga formidable es el latero. Plaga universal, se entiende. El latero pertenece muchas veces al renglón de los monocordes, obsesos con un solo tema. La obsesión es tan fuerte que le hace olvidar la posibilidad de que los pacientes "escuchadores" puedan tener, asimismo, preocupaciones de carácter parecido, aunque momentáneas. Parece olvidar también que la persona empleada en una oficina acude a ella para dedicarse a su trabajo, el que no puede realizar ni en su casa ni en la calle.

En el café, en el bar o restaurante, el

latero suele ser entretenido, ya hable de eutanasia, de comunismo, de planes para salvar al país o cosas por el estilo. Su charla sirve de entretenimiento o estímulo. En las oficinas o en las calles, a las horas de trabajo, el latero es peligroso.

● **Con elecciones a la vista, recordamos que usted fue testigo de innumerables de ellas. Nos gustaría saber su opinión sobre tal aspecto de nuestra vida política.**

—Nunca he podido comprender cómo hay gente que cree en el advenimiento de paraísos de origen político, o menos que se trate de candidatos a canonjías. Tan absurdas me han parecido las ilusiones prelectorales como las desilusiones de más tarde, que cualquiera persona de edad madura habrá previsto. La exuberancia de las luchas electorales en nuestra tierra es pariente cercana de la Fiesta de los Estudiantes. Son explosiones o desahogos de un pueblo ausente de esperanza en sus propias actividades. Espera la salud de la fábula del "entierro", de la lotería, de las carreras y los cambios de gobierno. Las desilusiones del pueblo después de las luchas electorales, cuando comprende que las rivalidades exaltadas de los candidatos eran falsificaciones momentáneas, se transforman en estados de silencio taciturno, más peligrosos que las crisis mismas.

● **¿Para quién escribió usted sus novelas?**

—Yo no escribo para literatos, sino para escritores. Al literato no le puede agradar ese género. Parece que estuviera esbozado, en síntesis. ¡Si supiera con cuanto empeño traté de que fuera así! He borrado poco más de la mitad. Un libro pesado, profundo, tardaría muchos años en llegar al público lector de *EL PENECA*. Yo quiero que me entiendan ahora y no dentro de un siglo.

● **¿Quién sería en Chile un buen ejemplo de literato?**

—...Carlos Lamarca Bello... creo que ninguno de los descendientes de don Andrés Bello fue herido de manera tan honda como él por el virus de la Literatura. No supo dominar su vocación literaria y eso lo devoró. Pocos he conocido tan intoxicados de literatura como él... Nunca supo dar a sus creaciones literarias la claridad real ni el sonido humano. Sus novelas son amorfas. Sin embargo, algunas de sus frases de ellas podrían servir, separadamente, para ilustrar en clases de retórica. Recuerdo de memoria el comienzo de una de sus novelas titulada *LA CONQUISTA DE LA DUCHA*. Comenzaba así: "Discurriendo por los Campos Eliseos, avistase una casona. Enredaderas hay que endoselan su tinglado en ternezuco rozar"... Entre personas cuyo vocabulario es pobre la exhibición de los términos usados por el Nemrod de la lengua castellana producía efectos inauditos. Víctima de extraña enfermedad mental le aislaron del mundo.

● **Hablemos de nuestros llamados poetas mayores.**

—El genio de Neruda recuerda al mar, mejor al fondo del mar, de donde emerge

sonriente y victorioso, cargado de especies innominadas. De Rokha es otro producto de los volcanes submarinos.

● *¿Qué recomendaciones daría a los escritores jóvenes en su lucha por la vida en nuestro medio?*

—En nuestra América —mujer ya no muy virgen— es preciso ser algo macucos, y al fin, no se crea que la macuquería es condenable en todo sentido. La acepto como valor nacional bajo ciertas condiciones. Desde luego, es un acicate útil para lanzarnos en la brecha. Sí, jóvenes escritores: vayan a la brecha por todos los medios! Sobre todo, que no nos tilden de debilidad. Aprovechemos la virtud de la macuquería, no como aprovechada por la mafia, sino como hombres convencidos de que la bondad panglossiana es incompatible con el pobre mundo. Seamos malos un minuto, para producir bondad de años enteros.

● *¿Y en relación a las mujeres?*

—Las mujeres, amantes de la vida y no de la posteridad, amantes de la fuerza zoológica visible y no de las virtudes esotéricas, me producen, siempre que las oigo discurrir, el deseo de irrumpir, promovido por los arrostos de fieras que pudieran quedarme de las épocas prehistóricas. La madre ama siempre al hijo pródigo, al más tenorio, al más diablo. La presunción simple de fallecer en París, pobre, olvidado, como Contreras o Pena, me pone escalofríos. Es preferible ser alcalde de Renca, macuco de pueblo, antes que artista puro cuyas cartas un diputado no respondería siquiera.

● *A propósito, ¿qué significó París para usted?*

—Si yo no hubiera vivido en París la guerra 1914-18 sería otro. Seguiría creyendo en eso de la aristocracia castellano-vasca y otras paparruchas por el estilo. Habría un gran vacío en mí. ¡Viva la guerra de 1914!

● *¿Qué opina de nuestros vecinos argentinos?*

—Es un pueblo eminentemente macho y ha querido dirigirse solo.

● *¿Cuál sería un signo característico de la vida popular chilena?*

—El signo de la vida mexicana es la calavera escrita: "Viva la muerte". En la vida popular chilena es el invunche, esto es la deformación hacia lo monstruoso o repulsivo. ... Si alguien descubrió el culto de la fealdad antes de 1922, entonces le concedo la prioridad. El chileno es un ser que se pone en ridículo y pone en ridículo a sus compatriotas.

● *¿Qué piensa acerca del divorcio?*

—La campaña pro divorcio implica la ingenuidad de buscar un medio de felicidad a lomos de la ley, lo cual es tan absurdo como cualquiera forma artificial de encontrar la felicidad. Ni en el cambio ni

en lo estático seremos felices, y así en la contingencia más vale no mudarse y resignarse. Lo que está ausente del matrimonio en esta hora es el espíritu de sacrificio, el reconocimiento de la superioridad del hombre y su admiración por el marido en la mujer.

● *¿Cuál es su opinión acerca de los militares en los países latinoamericano y del armamentismo?*

—El Ejército de Chile es el primero de nuestra América; la Marina, lo mismo. Pero tenemos oficialidades para un país de

rodean. Los generales en el gobierno son caros y peligrosos, por cuanto sueñan con guerras, con cuarteles modernos y con armamentos. Para los norteamericanos es un buen negocio la agresividad suramericana, a manera de mercado para el excedente inservible de sus armamentos. No veo remedio para el mal. Lo cierto es que contamos con cien generales por cada millón de habitantes. En la misma proporción, y con una escuela militar en cada Estado, los norteamericanos podrían contar más de quince mil generales.

● *Por último, y para terminar tocando los mitos sobre las razas, y sobre la composición de nuestra pretendida raza chilena?*

—Estamos sufriendo con la prédica racial la peor de las sugerencias, la que engendra el derrotismo, sobre todo en esta América ingenua e impresionable. Defendamos a nuestra raza. Demos oportunidad. Demos oportunidad al pueblo y veremos. Seamos sal de la tierra.

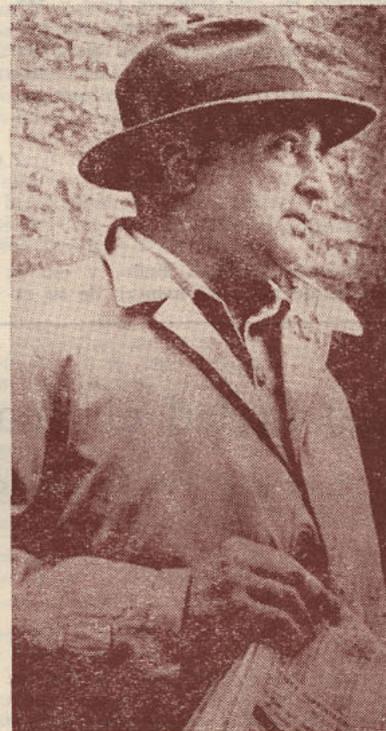
Para el chileno que no salió de Chile, y que se sirve para comparar de los países vecinos, en el que el porcentaje de indígenas o negroides es considerable, nuestro país es blanco. El europeo no nos ve así. Para ellos, en el momento de dar el juicio mejor, el de la llegada, somos un país "tostado", de apariencia oriental, esto es, de Extremo Oriente...

Las chilenas más bonitas de la clase alta son las de origen afrovasco, esto es, las que proceden de cruzamiento entre descendiente de vizcaínos y de mulatas, o de mezclanzas con las familias que ahora han blanqueado bastante, pero en cuyos rasgos persisten las señales de los antepasados africanos: Egaña, Valdivieso, Montt, Cuevas, Blanco, Zañartu, Gandarillas, Valdés, Casanueva... Se trata, como vemos, de apellidos brillantísimos, y al enunciarlos se derrumba la supremacía de los blancos en América. Casi todos nuestros presidentes tuvieron la dosis africana que equilibra y entona. Otras familias de origen vizcaíno entroncaron en el bosque semítico: Matte, Jordán, Hertz, Salomón, Pinto.

La Bolsa, las antigüedades, los Bancos, la bibliofilia, son atracciones semíticas; la música, la heráldica, los títulos pomposos y las tendencias monarquistas, son afinidades africanas. Lo vasco es lo acérrimo: la soberbia, la gravedad, la elegancia corporal, la virilidad y un tono general duro, con tendencias a la burla demoleadora. Yo creo que el chileno es el pueblo superior de nuestra América, sin mitos. Necesita leche y no mitos.

● *¿Qué nos puede decir alrededor de un tema de continua actualidad, y de siempre viva presencia en sus escritos: ¿cuál le parece el porvenir de América Latina, en relación al de los vecinos del Norte?*

—Cuando el Continente Iberoamericano, o Indomediterráneo sea un país solo, cuando hayamos imitado de los yanquis la unión que es la mayor virtud nacional, entonces valdremos bastante más que ellos, a causa de la santidad de nuestras raíces, a causa del espiritualismo histórico.



Izquierda: en la fotografía completa se lee a HERNÁN DÍAZ ARRIETA. RECUERDO DE SU AMIGO JOAQUÍN EDWARDS B., MADRID, 3-VIII-1919. Arriba derecha: J. E. B. en 1956. Abajo: Barrio Estación, Hotel del Sur, hacia 1900 (del Archivo de Baltazar Robles).

● *En una de sus crónicas usted cuenta un duelo de juventud efectuado a puño limpio. ¿Qué colorario sacó?*

—He sacado lecciones. No se debe pelear a trompadas con individuos más fuertes y más altos. Es la regla del matón y nunca me gustaron los matones. Son despreciables.

cincuenta millones de habitantes. Si no construimos aquí ni los fusiles, ni los cañones, ni los barcos de guerra, entonces las fuerzas armadas latinoamericanas son puramente locales. No podrían sostener una guerra con potencias industriales europeas, ni con Norteamérica. Chile encuentra el pretexto de sus armamentos en su pasado histórico y en los países agresivos que le

I

La enseñanza secundaria.

Mi primera lectura de Joaquín Edwards Bello fue por imposición del profesor de castellano del Liceo. Unas páginas aparecidas en una Antología, para ser más precisos. Ellas me decidieron a aventurarme por EN EL VIEJO ALMENDRAL, cuyo inusitado volumen me desalentaba, lo que se unía además, a la innata desconfianza hacia cualquier prosista del país. Allí encontré, pese al casi medio siglo de diferencia, una semejanza casi exacta, en rasgos generales, de la situación liceana de 1950 con la de principios de siglo: la pedantería de muchos profesores, el estado de insalubridad de las aulas, la promiscuidad, la enseñanza memorística, la introducción de esquemas mentales importados del exterior, el aburrimiento de soportar materias y materias que se sabían inútiles. "La enseñanza es una de las plagas del mundo, como el cáncer o la lepra; es lo antinatural. Los estudios nos embalsaman vivos, nos destruyen el aura americana". Así decía Edwards Bello cuando miraba el Liceo de 1900, importado junto al paso de ganso y los cascos prusianos de Alemania, y así podríamos repetirlo los alumnos del 50. No creo, por lo demás, que la situación haya cambiado mucho en estos últimos tiempos. Siempre se está oyendo hablar de reforma, pero el enfermo sigue igual. Todavía hay alumnos que se suicidan en épocas de examen, y otros que podrían volverse locos como el muchacho que en el Liceo porteño de tiempos de Edwards Bello se sube al techo del WC para, antes de ser llevado al nosocomio, declarar:

"Yo soy esporongio primero, rey de los pistolambres y de las culibranquias pentámeras; de los petaloídopilos, del andróceo y del gineceo. Vengo a declarar feroz guerra a los hipotenusios y a los

catetófilos, de la Crestomancia de Lope, para destruir a todas las curcubitáceas con ritmo yámbico y pedúnculo aristolóquico"

La visión de Joaquín Edwards Bello sobre la educación secundaria es amarga. Dice que es "como la camiseta de lana que mató al fueguino, acostumbrado a andar desnudo". Que los rudimentos de la cultura europea fueron introducidos a Chile para que pudiéramos servir de tintorillos a las colonias extranjeras. Que: "heredar conocimientos librescos y dinero es nada; heredar un conocimiento práctico para ganar, es todo". Cita, como podríamos citarlos todos, casos de chilenos triunfadores en cualquiera actividad que jamás completaron o cursaron humanidades. Y pese a esto, sigue existiendo entre nosotros (1968) la superstición de las humanidades, se las exige hasta para los empleos que nada tienen que ver con ellas, hasta para ser ascensorista o dependiente de tienda. Sin embargo, cae Edwards Bello en el error —creemos— de considerar que el fracaso económico de Chile, la falta de conciencia económica de los chilenos se debe a la formación del Liceo. Pero eso es material para otra variación. Eso sí, nuestro escritor reconocía virtudes al Liceo: hallaba excelente la calidad moral del profesorado ("¡Profesores!, el gremio más despreciado en este siglo de Gog y Magog", escribía en una crónica), sus profesores tenían gran capacidad para dar lecciones prácticas de decencia, economía, disciplina y selección. Y reconoce que gracias al Liceo aprendió a querer y conocer el idioma castellano.

II

Padres e hijos

Para Joaquín Edwards Bello, y eso es una señal de su salud mental, de su ca-

pacidad y visión, nunca "todo tiempo pasado fue mejor". Si añoraba no era para despreciar el presente. Y su relación con la juventud y los niños era bastante decidida. En innumerables de sus crónicas escribía que la infancia de su generación, los niños del 900, fue desdichada por el abismo infranqueable que existía entre padres autoritarios e hijos sometidos a reglas rigurosas, sin ninguna confianza ante sus progenitores, confinados al silencio. Le daba envidia, ya escribía en 1940, ver niños que opinaban, jóvenes que se alegraban bailando, liberados de prejuicios, constataba con alegría el progreso de la educación sexual. Para él, los padres debían ser amigos y compañeros de sus hijos, y muchas veces sostiene que la gente de su generación que triunfó en la vida, fue aquella de origen modesto, extranjeros casi siempre que acompañaban a sus padres en sus empresas, se tuteaban, trabajaban junto a ellos. No, la paidocracia nunca tuvo su enemigo en Edwards Bello. Para él, nunca el niño fue un ser imaginario, inexistente, como lo era Alicia para el Unicornio.

III

El matriarcado

Perpetua, se llama la protagonista de VALPARAISO. FANTASMAS. En ella —especie de "servante au grand coeur" chilena— deposita Joaquín Edwards Bello todas las virtudes de la mujer simple de nuestra tierra, a la cual opone la "lunática" y aristocrática doña Flora. Para JEB toda la historia social del pueblo chileno se resume en el abandono del hogar por el hombre irresponsable, y su sucesión por la mujer que "le pone el hombro" al trabajo. Sostiene que Chile es desde 1891 un país de matriarcado, que las mujeres imponen la educación ("el 90% de las

madres son las que visitan los colegios para saber de sus hijos y no los padres"), las mujeres imponen el "machismo", manejan las finanzas. Y en 1944 profetizaba que "llegará el día en que las mujeres usen pantalones con marruecos", y luego no podremos sino "esperar el Juicio Final". JEB exalta a la mujer de pueblo chileno, y también a nuestras "niñas de la vida", las que para él son indispensables dispensadoras en todas partes del mundo del sentido del hogar al caminante solitario y fatigado.

IV

Primeras lecturas

Las lecturas de infancia, aun cuando se pueda ser un gran lector posteriormente, siempre "imprimen carácter". Joaquín Edwards Bello una y otra vez vuelve a contar la fascinación que sobre él ejercieron las historias de Calleja, como aquella de "El Féisimo Lentejilla"; del Romanesco Español, luego de los folletistas, desde el Sienkiewicz de QUO VADIS hasta ROCAMBOLE de Ponson du Terrail. Píllenoslo en un gazapo: EN EL VIEJO ALMENDRAL, narra que cuando llegó a Santiago por primera vez, el protagonista exclama: "Yo te conquistaré, ciudad orgullosa", tal como lo hace Rocamboles. En verdad, la exclamación es de Rastignac. De estas lecturas aprendió tal vez el fácil descuido que crea la amenidad, la desenvoltura, el hacer aparecer y desaparecer como un predistigador tantos personajes, tantas peripecias. Sus novelas son folletines, en el buen sentido que podamos darle al término. Luego, su maestro fue Eça de Queiroz. Y alguien más, de quien está tan cercano, y a quien casi nunca nombra: el enfurruñado vasco Pío Baroja.

Latinoamericanismo e hispanidad en Joaquín Edwards Bello

por ARIEL PERALTA PIZARRO especial para ÁRBOL DE LETRAS

En 1866, estando Valparaíso bajo el bloqueo de la escuadra española, el almirante Pareja se suicidaba al conocer la nueva de la captura de uno de sus barcos... "Que no me sepulsen en aguas chilenas; que todos se conduzcan con honor".

El gesto y el hombre dieron lucidez a diversas crónicas de Joaquín Edwards Bello; la entonación lírica de alguien que tenía la virilidad nutricia de lo hispano, adquirió trágica similitud en otro, con un pistoletazo identificado ya en el tiempo.

Joaquín Edwards Bello vio siempre, en la savia española, un cúmulo de virtudes que por fuerza había que mantener, pues ella constituía una quintaesencia de lo más respetable que aún cobijamos... "Atacar a España sería en la actualidad tan contraproducente como pretender destruir nuestras propias raíces", expresaba en 1935. De ahí su admiración por aquellos hombres del siglo XIX que hicieron posible nuestro "estado en forma", a través del famoso esquema portaliano del "peso de la noche" colonial. Ellos rehicieron la cisura creada por la Independencia, fenómeno que siempre examinó con un acto ajeno a la biología nacional, con una infusión clara y precisa del orden estructurado por la Casa de Austria y los Borbones. El autor de EL RORO dedujo que la Independencia llegó en un mal instante; el vacío político trajo la desorganización y una sangría inútil. Sólo con la aparición de aquellos singulares visionarios, plasmadores de sus respectivos estados nacionales, la posibilidad anarquizante se diluyó... "Juan Manuel de Rosas, Balmaceda y otros dictadores a quienes ahora comenzamos a hacer justicia, fueron supervivencia del carácter constructivo y viril de Castilla"... Todo lo hispano constituía para él una conjugación de espontaneidad recia, una especie de democratism natural, impulsor de lo creativo en

el hombre en cualquier plano que se diera. La acción de España la examinaba como la tipificación de diversos veneros espirituales, canalizados finalmente en los dos más grandes mitos universales: Don Quijote y Don Juan.

Los chilenos, y por ende, los latinoamericanos, debíamos —según su concepto— arraigar toda esa herencia, no malearla, ni debilitarla como la imagen postiza de otras latitudes. ¿Por qué no defender el matrimonio, por ejemplo, con su sesgo agónico del amor, tan castizo como la Fuente de la Teja, ante la arremetida de los trastrocados valores de los Estados Unidos en ese sentido? El amor hollywoodense, desquiciador y antisocial, debía encontrar su adecuada réplica en ese erotismo nacido a orillas del Guadaluquivir. No, nada de imitaciones, conservar siempre lo nuestro; toda sociedad que plagia, que aplica simplemente el pantógrafo a realidades ajenas a su idiosincrasia, está condenada a desaparecer históricamente. Esta aseveración llevaba a Joaquín Edwards Bello, con esa capacidad intuitiva formidable de ideólogo (de la cual se aprovecharon infinitud de "teorizantes especializados"), a emitir trascendentes perspectivas del continente Indohispano. Su pluma era un exacto desgarrador, un lamento consciente y vital cuando escrutaba el sojuzgamiento de Latinoamérica. Su nacionalismo, que ya vimos vertebrado a lo hispano, adquiría una dimensión continental, que treinta años atrás era difícil de aprehender y catalogar por los poderosos esquematismos

de índole chauvinista. Le dolía el continente desmembrado y raquítico en la proliferación de sus "republiquetas"... "En 1810 éramos de más calidad en relación con las naciones del planeta. En suma, constituíamos entonces una enorme esperanza: actualmente no somos otra cosa que una limitada realidad"... ¿De dónde y por qué y por qué tal minimización? La vastedad de sus riquezas, ¿por qué nos transformó en simples exportadores y en consumidores del industrialismo de otras regiones? El nudo inicial de la triste y desnutrida madeja del subdesarrollo, está en la desunión, en ese predominio de lo balcanizador, secuela tal vez del caudillismo postindependentista.

El símil con los Estados Unidos surge de inmediato; el poderío de este país emergió después que las fuerzas representativas de la total cohesión de los estados, triunfaron sobre las discriminatorias y aristocratizantes. Fusión de antagonismos que por cábalas producirían la grandeza... "Ante esta realidad palpable, irresistible, se alza nuestra pobre América dividida, como si repetido caso del Norte, hubieran triunfado Lee y Beauregard contra Lincoln"... Veintidós republiquetas, una sola en el otrora, dominio del "país nodriza", relativamente libres en su contexto político por el control de sus riquezas. El patriota que rebullía en Edwards Bello se conduce no tanto por la presencia imperialista, sino por la carencia de un evangelio aglutinador que haga renacer esa fenecida esperanza en la América india. No desea atacar a Estados Unidos ("Cerdolia" de Vargas Vila), sólo se remite a describir su penetración, pero con eso basta para formar conciencia y asumir el papel del escri-

tor profundamente latinoamericanista... "Actualmente, la libertad de las repúblicas iberoamericanas es una ficción. Los norteamericanos han estudiado fríamente nuestra psicología; haciendo el ejercicio mandibular del CHEWING GUM llaman a nuestros países BANANA REPUBLICS U ONE HORSE POWER COUNTRIES. A nosotros nos dicen MAÑANAS, por la manía de dilatar los negocios. Roma compró a Grecia y devoró a los bárbaros; el norteamericano prognato compra a Europa y devora la América Bárbara". Compara a los embajadores de Estados Unidos, con esos cónsules romanos de Judea o Trípoli, y cuyo poder omnívoro los lleva a denigrar el ejercicio de una presunta soberanía plena. Pero, más que la fuerza del neocolonialismo, él resiente su voz en la debilidad afrentosa de la geografía dispersa. Cada país aislado y como recogido sobre sí mismo, delimitó su horizonte y el de sus hombres. Las potencialidades humanas, succionadas por el medio ambiente, se hicieron inertes, abúlicas en el reflejo de los pueblos sumidos en el marasmo. La paz fue la imagen del quietismo y la pre-disposición a la entrega, el vasallaje ante los más poderosos. La unión, aunque sea por la fuerza, gritará casi el gran escritor: transformar el racionalismo totalizador en un haz de hierro, para sí despertar de la reclusión vergonzante en que yacen nuestros pueblos... "El pacifismo nos conduce a la tristeza, luego es preciso buscar una válvula de escape, la cual encontraríamos en el imperialismo continental. En un futuro no lejano los ejércitos de esta América austral podrán imponer por la fuerza la unión, como la impulso Lincoln en Nortemérica".

Si los centauros continentales tuvieran hoy "lanzas por almohada, a la espera del alba", las palabras denotarían la transformación del maestro en el profeta de América.

Hace muchos años cuando yo era niño, solíamos venir a Santiago en las vacaciones. Cierta vez mi padre nos llevó de la mano a la plazuela de la misma biblioteca, que estaba en la calle de la Compañía. Nos mostró entonces la estatua de un hombre sentado en actitud de meditar, y nos dijo gravemente:

—Es don Andrés Bello.

Alrededor de la estatua había cuatro arbolitos con flores azules. Se comprenderá con cuánta emoción he recordado hoy dicha escena, cuando entré en esta casa, al ver frente a su puerta la misma estatua que me mostró mi padre, hace sesenta años, cuando yo era niño. He visto en tres distintos lugares la estatua de Bello. Ahora en vez de arbolitos con flores azules, llamados jaracandás, hay a su alrededor unos postes civilizados con alambres para trolleys. Todo está cambiado, Santiago ha crecido y yo me he convertido en escritor. Estoy aquí. Debiera ser feliz, pero hay algo que me acongoja.

Progresar se me aparece con cierto aspecto de tristeza. Esta ciudad de Santiago ha crecido de tan monstruosa manera que podríamos decir: Chile es un país a una ciudad pegado, parodiando a Quevedo, cuando dijo de un narigón que era un hombre a una nariz pegado. Santiago era antes una ciudad más pequeña, más agradable y mejor. Edificios monumentales que hoy parecen baratillos, llenos de carteles con anuncios, eran entonces clásicos, de líneas puras.

SANTIAGO DE AYER.

Había en Santiago unas quince mujeres muy hermosas, con hermosura clásica, que pasaban como diosas por veredas más despejadas que las de hoy. Había asimismo patriarcas de estilo romano. Todo cambió. La civilización del trolley, del auto y de la radio obligan a multiplicar el esfuerzo que ya no va a pie sino en motores. Todo corre tras de las apariencias y del dinero. No se conocen la antigua cortesía, ni la amabilidad, ni la responsabilidad. La hospitalidad es ahora agresiva. Antes que hospitalidad se define en curiosidad y en vanidad. Esta hospitalidad de hoy consiste en bombardear al visitante con las máquinas fotográficas y en atiborrarle con comidas y discurso. Yo creo, sin embargo, que la verdadera hospitalidad consiste en la benevolencia y en la colaboración.

Hospitalaria es una sonrisa agradable que nos estimula en la calle. Hospitalidad es un buen trato que nos dan en la tienda, en la oficina y en el vehículo que nos transporta.

Supongamos lo que pensaría de nuestra hospitalidad el forastero más festejado en banquetes si al salir solo por la calle recibiera codazos y encima le desafiaban unos ojos fieros.

¿Qué relación tiene lo que llevo dicho con este acto y la Academia de la Lengua?

Primero, tiene la siguiente: El sillón vacío que vengo a ocupar aquí perteneció a un hombre de ese mundo de que hablé y a la generación de ilustres juristas y humanistas de la escuela de don Andrés Bello.

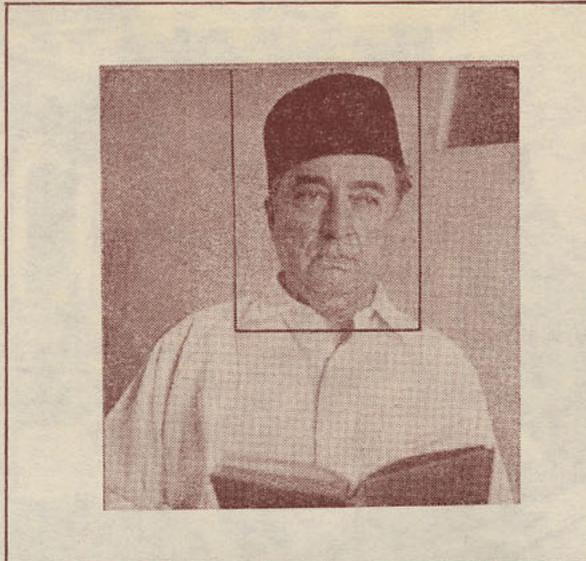
En segundo lugar, las palabras son acciones. Las palabras irradian virtudes vitales o muerte. Uno de los deberes primordiales de la Academia consiste en velar por el buen decir. La Academia trabaja por la depuración y por la disciplina del lenguaje. Por lo mismo la Academia Madre, la de España, usa por sello y divisa un crisol y el fuego con la leyenda; *Limpia, fija y da esplendor*.

SU ANTECESOR

Procuró concertar este preámbulo con el motivo de mi recepción. Los estatutos de la Academia de la Lengua me obligan a un esfuerzo grande de adaptación y de comprensión, primero, porque debo hablar sin ser orador, y después, porque debo ocupar el sillón vacante de un hombre ilustre, don Roberto Peragallo Silva, que fue lujo y decoro de esta Academia, ilustre filólogo y gloria de la jurisprudencia. Me acostumbé al periodismo y a escribir obras de ficción. Periodista es el escritor que pone su experiencia y sus conocimientos al servicio del público en notas del día o crónicas. Cuando supe que había sido nombrado en esta Academia sufrí de estupor y aún ahora no puedo negar el pesimismo que me embarga. La coincidencia de tocarme un día tempestuoso para mi recepción y un tañido lúgubre de campanas en mi barrio, me han atemorizado. Suceder a don Roberto Peragallo Silva es demasiado para mí. He permanecido fuera de Chile lo bastante para desconocer a los sabios modestos y virtuosos. Cuando pedí noticias y obras del señor Peragallo comprendí, en el corto tiempo disponible, que había dos campos de acercamiento entre su espíritu y el mío: éstos eran el periodismo y el amor a España. Don Roberto Peragallo afinó su agilidad mental muy joven, cuando fue Director de *La Unión* de Valparaíso. Don Roberto Peragallo fue un sabio y un humanista, no muy conocido a causa de su alejamiento de las bamballas y las faramallas de la actualidad y del reclamo. Hombre santo. Ningún ejercicio cerebral noble le fue ajeno. Se recibió de abogado el año 1895. Retirado de *La Unión*, se desempeñó en la administración de la justicia. Fue Promotor Fiscal de Santiago, Ministro de la Corte de Apelaciones, y, finalmente, Ministro de la Corte Suprema hasta 1949. Como profesor de la filosofía del Derecho lo recuerdan todos sus alumnos con un sentimiento cercano a la veneración. De porte imponente, producía temor en los primeros encuentros. Poco a poco se hacía querer. Su método de enseñanza consistía en hacer olvidar que era el maestro. El alumno creaba la clase con él. Entretenía y encantaba.

MAESTRO Y PERIODISTA.

En su vida conoció todas las vicisitudes de dolor y de alegría, de derrota y de triunfo en que se fraguan los grandes espíritus. Conoció las privaciones, las incertidumbres y, además, la pérdida de seres queridos que había formado y visto crecer. Una noche terrible, después de otras de insomnio y de sobresaltos, murió su hijo predilecto. Solamente una cosa le salvó: la Fe. Los alumnos le vieron llegar a hacer su clase desenajado y desfigurado, pero firme. La pena no le hubiera sido llevadera sin sus trabajos de pro-



fesor y de jurisconsulto. Se comprende que un hombre así dejara hondas huellas en sus alumnos.

Fundó la Academia del Derecho para adiestrar a los jóvenes en las disciplinas del pensamiento.

En el periodismo puso todo su saber y su erudición, que eran asombrosos, en pequeños trozos. Sabía hacer amenos los temas áridos, de actualidad. Aprendió griego y latín. Tenía un dominio cabal del Renacimiento. Poeta cristiano fue nombrado miembro de la Arcadia, de Roma. Fue diputado por tres períodos, dando brillo y nobleza a los debates.

Fue matemático y astrónomo. Como Andrés Bello, era admirador de los grandes poetas clásicos y profería traducir y divulgar las creaciones de esos poetas antes que las suyas. Su *charme* o encanto personal eran tan grandes que las gentes se lo disputaban para escucharle. Sabía cuentos, anécdotas y citas que era para nunca acabar.

Como Juez, el señor Peragallo, fue honrado, probo e inteligente. Sus sentencias servirán como escuela para Jueces y abogados, en la aplicación de la jurisprudencia. Se cifó a la definición magistral del Juez, que dio don Antonio Varas en 1857, cuando se incorporó a la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas. He aquí la definición: "El Juez está llamado a tomar parte en la Obra de Dios, haciendo reinar la Justicia sobre la Tierra".

AMOR A ESPAÑA.

Don Roberto Peragallo aplicó la justicia haciéndola amar.

Lo más conmovedor en él consistió en su amor a España y a la grandeza del idioma castellano. Sucedió en esta academia a uno de los más ilustres cultores del habla española en Chile, don Enrique Nercasseau y Morán. Era el señor Nercasseau famoso en el Santiago de mi adolescencia a causa del fervor que ponía en la corrección del lenguaje. El espí-

27-IX-54: Se incorpora a la Academia Chilena de la Lengua.

SEÑORES ACADEMICOS:

ritu alegre de los estudiantes se mezcló con el sentimiento de admiración por el maestro, y floreció en lluvia de anécdotas y de exageraciones. El señor Nercasseau corregía sin cesar los errores que creía encontrar en el lenguaje de todo el mundo. Mandaba que en vez de cacho dijéramos cubilete; en vez de sandwiches, emparedados; en vez de despachero, despachante, y en vez de conferencista, conferenciante. A veces un mozo de restaurante se le quedaba sin entender cuando don Enrique le pedía:

—Camarero. Traiga un consumado de volátil.

Se refería al consomé de ave.

Nos enseñó a distinguir entre escobilla y cepillo, entre peineta y peine. Se contaba que cierta vez, al llegar al viejo Club de la Unión en coche de posta, o alquiler, pagó con un billete de diez y dijo al cochero: *Déme la vuelta*. El cochero, que no entendía en estos casticismos, dio la vuelta por la manzana. Había en el señor Nercasseau el deseo de hacer hablar correctamente a la sociedad de Santiago. Era el mismo sueño que inspiró a Bernard Shaw la encantadora comedia PIGMALION.

Respecto del porvenir del idioma castellano, el señor Peragallo hizo serias reflexiones que hoy gozan del prestigio de las profecías. Cuando se habla bien el castellano, en cualquiera parte de la tierra donde uno se encuentre, se siente el rumor solemne de la historia. En toda América resuena el grito ¡Tierra!, de Rodrigo de Triana. ¡Tierra! esto es, la esencia de la creación. El idioma del Cid nació como la revelación de un alto y severo ideal de la vida. El maestro Peragallo así lo comprendió cuando dijo: "Un idioma así es para grandes pueblos. Es como un tambor que nos llama constantemente al deber y al honor. Por lo mismo es menester que hagamos un esfuerzo constante para conservarlo majestuoso, unido e incorruptible".

NUESTRO IDIOMA.

En la sesión de esta Academia, en septiembre de 1929, declaró: "La excelencia del idioma castellano, realidad viviente, es un imperecedero y maravilloso ideal del futuro". En seguida procedió a demostrar, mediante cifras, la superioridad creciente de nuestro idioma en el mundo. El tiempo le ha dado razón. Hoy el idioma Inglés continúa siendo el

idioma comercial. El castellano tiende a ser el espiritual por lo mismo que no hay nación de habla castellana que sea un peligro armado permanente. Hoy nuestra América ibérica tiene 153 millones de habitantes y Estados Unidos 151, según datos de 1951. En todas las grandes naciones hay estudiosos de español. En Suecia cinco mil personas hablan español. En los Estados Unidos la señora de Roosevelt toma clases de español. Los libros más leídos en Alemania hoy son los de Ortega y Gasset. Las obras de Marañón, de Américo Castro, de Madariaga y de Pidal son traducidas en todas las naciones cultas. Igual cosa ocurre con las obras de Neruda y de Gabriela Mistral. El idioma castellano goza de creciente prestigio. El que hace siglos producía miedo en Inglaterra hoy produce admiración y respeto.

El castellano, cuando es bien pronunciado, vibra en el aire en sutiles ondas que ejercen una magia misteriosa en los oídos.

UNA ANECDOTA.

Recuerdo lo siguiente: Estuve en un colegio en el centro de Inglaterra, en el villorrio de Sulhampstead, cerca de Reading, el año 1906. En esa región no habían visto jamás a un español ni escuchado el idioma de Cervantes. Yo era ahí un niño fabuloso. El rector del colegio era un pastor protestante casado, Mr. Shepherd. Este año se había casado con el rey de España la princesa inglesa Ena de Battenberg, con mucha resistencia de los puritanos escoceses. El mismo día de su matrimonio el anarquista Morral disparó una bomba contra los reyes. El resultado fue sangriento y produjo indignación en Inglaterra. Los alumnos del colegio me lanzaban miradas de curiosidad y me hacían preguntas sarcásticas. Otra cosa que nunca olvidan los ingleses, es la Invencible Armada. Como recordó Salazar y Chapela, cuando la Invencible amenazaba sus costas hubo espanto en Inglaterra. Por eso la sola palabra de *spaniard* produce cierta repugnancia entre las personas antiguas y las ignorantes. Yo era en ese colegio de aldea un *spaniard*, o español.

Cierta noche hubo un *book diner*, o comida muy especial, con invitados del contorno. A mí me mostraban como la curiosidad del colegio. Un pájaro raro. Después de la comida la mujer del profesor, a quien jamás olvidaré por lo buena que fue, me llamó desde su silla, donde estaba rodeada de damas, y me dijo: Estas damas me ruegan que las presente a usted y que nos recite algo en español, "para ver cómo suena". *To see how it sounds like*. Recordé el liceo y me puse a recitar *Frente a Toledo*, por Juan de Dios Peza. Les expliqué primero que se trataba de un poeta que se sentó en un puente que hay en el Tajo frente a la vieja ciudad imperial erizada de torres, dominada por la del Alcázar.

No sé cómo lo hice, pero sí recuerdo que Mrs. Shepherd me abrazó y los compañeros cantaron *For he's a jolly good fellow*...

Desde que el mundo es mundo esa fue la primera vez que vibró en esa tierra la lengua del Cid, de Alfonso el Sabio, del Arcipreste de Hita, de Calderón, de Lope, de Cervantes, de Tirso, de Quevedo.

CASTELLANO DE AMERICA.

Después fui a España. Viví en Toledo, comí un cocido en la Posada de la Sangre y me embriagué con la sinfonía de la lengua gloriosa que vibra en Madrid de la mañana a la noche en pregones de la más variada categoría. Podría repetir esos pregones y las canciones de las calles, pero no es esto un Café Concert sino una Academia.

Hablar el castellano nos da importancia. Uno se siente muy bien cuando lo habla en el extranjero. Por lo mismo es un crimen estropearlo y envilecerlo. Por lo mismo es nuestro deber venerar a los sabios como Nercasseau y como Peragallo, que continuaron la tradición de Bello. Dar mayor esplendor al idioma es pronunciarlo con hueso y con sangre. Nercasseau y Morán lo hablaba tan bien como Peragallo Silva. Después de asistir a una clase de Filosofía Castellana por Nercasseau, el eminente filólogo español Menéndez y Pidal le dijo: "Jamás desde que estoy en América, he oído mejor castellano que el hablado por usted en esta clase". Cuando decae la pronunciación de un idioma, cuando carece de energía o se corrompen las palabras, es señal que ocurre algo grave en la entraña nacional. Dimos la alarma no pocas veces. Un inspector de escuelas fiscales en cierta ciudad asistió al momento en que el profesor pasaba la lista y oyó que los alumnos respondían:

—Pentenor, pentenor...

—¿Qué significa *pentenor*?, preguntó al maestro.

—Quiere decir presente, señor, respondió éste.

Por algo dijo don Miguel Unamuno esta frase de fuego:

—El suramericano habla el castellano sin hueso.

La energía para pronunciar se conserva solamente en las voces de mando del ejército, en los discursos sagrados y a veces en el Parlamento. El gran público, por desgracia, habla en tono menor y emplea un vocabulario pobrísimo. Seguiré las huellas de mis antepasados en esta Academia; don Enrique Nercasseau y don Roberto Peragallo. A mucha honra. En cumplimiento de la ley de la vida he venido a ocupar el puesto de uno que se fue. No para reemplazarle porque eso no sería posible. Después me llegará el turno a mí. Me iré de este mundo. Me quedará indiferente. Entonces otro, que tal vez vive y está cerca, vendrá a llenar el vacío que yo deje. Unos después de otros como las hojas en el bosque constituimos el mundo.

Nos llaman inmortales a los académicos. ¡Vanidad de vanidades!

Es una inmortalidad por poco rato. Somos tan inmortales como todos los que respiramos en esta sala. No creo en la inmortalidad en la Tierra, pero sí creo en la Eterna de todos los espíritus. Creo en el eterno retorno y en la Eterna Resurrección. *Amén*.



VALPARAISO. FANTASMAS. CALLE ESMERALDA DESDE CRUZ REYES (FIN DE SIGLO). FOTO DEL ARCHIVO DE BALTAZAR ROBLES.

LOS FANTASMAS.

Cuando regresé a Chile, no había pasado todavía el escándalo. Mucha gente me quitaba el saludo, lo cual era un alivio para pasar por el centro. En esa época publiqué los primeros artículos en LA MAÑANA. Ser periodista entonces en Chile era cosa amonada y no muy bien vista en sociedad.

Volví a encontrar a Claudio, que me quedó mirando un rato y me dijo: "Tienes la cara rotunda del mariscal Sucre". A mí me halagaban esas leseras. Solía hablar tardes enteras con el poeta en la pastelería de Montero, que estaba en la esquina de Huérfanos con Ahumada.

Creo que fue coronel o algo así en el ejército de su tierra; es seguro que tomó parte en alguna campaña junto con el general Izquierdo. Hablaron de Cocobolo y de una batalla titulada creo que Caparamanga; habían vadeado ríos con el agua hasta la cintura, y en un pueblo que conquistaron, Claudio raptó a la hija del prefecto. De esas campañas quedó a Claudio un marcado gusto por las aventuras misteriosas. Creía en las ánimas y en los entierros, que en su tierra llaman *santuarios*. Me dijo que la familia del general Izquierdo se había enriquecido por el encuentro de un *santuario*.

Hacía versos a la muerte, al diablo y al pecado. Si los leemos ahora, nos parecerán sin duda ingenuos y envejecidos. Pero es preciso que seamos consecuentes, francos y agradecidos para decir que entonces esos salmos, como él los llamaba, eran novedosos y sirvieron para desatar en muchos de nosotros el gusto por decir bien y pensar con nobleza. En cuanto a mí, puedo decir que Claudio me incitó a leer a Valle-Inclán, a Neruo, a Darío y a otros poetas y estilistas totalmente desconocidos para mí entonces. Yo había leído sin ton ni son, en francés y en inglés. Mi autor favorito era Maupassant, que pudo darme una técnica y algunas ideas, pero no vocabulario ni estilo.

Yo me sentía medio compatriota de Claudio de Alas desde el día que me dijo: "Andrés Bello nació en la Gran Colombia". En efecto, Bello perteneció a la república de Bolívar, que abarcaba a Venezuela y otras naciones hoy por desgracia separadas.

Recuerdo haber leído unos borradores del poeta, que contenían algunos capítulos de una novela que nunca vio la luz y que se titularía *La casa del miedo*. Eran escenas tenebrosas, pero sin tema, ni fondo, aderezadas con rico estilo valleincliniano, vergusviliano o amadonerviano. No podría citar ni una sola de esas escenas.

Santiago era más bonito entonces, sim-

plemente porque mi alma estaba más zumbosa. Hacíamos largas excursiones al Cementerio.

A Claudio le gustaba una niña que vivía en un viejo y apollillado chalet de madera, de dos pisos, en medio de un jardín, cerca del Cementerio. "A veces sopla una brisa melancólica que parece contener aromas de rosas y lo que contiene es perfume de coronas funerarias", me decía Claudio en esos barrios. En un puesto de la avenida Recoleta, que podría llamarse avenida de los cadáveres, comprábamos naranjas muy grandes, olorosas e hinchadas de jugo, y decía de ellas Claudio que eran del Cementerio y estaban abonadas con carne mortal. Una tarde fuimos a la fosa común y el sepulturero silbaba como en *Hamlet*. Claudio tomó del pelo una calavera que provenía de la Escuela de Medicina y la besó en la frente. Pertenecía a una mujer asesinada en cualquier encrucijada de los arrabales.

Me parece ver el Cementerio en esas tardes lejanas; aun no estaba terminado y permanecía como abierto por el lado del cerro.

La cordillera, lumínica, cambiaba de colores de manera rápida, pasando del celeste al ópalo, al rojo, y al amatista; luego empalidecía como si los celajes le echaran encima un confeti de ceniza, y la ciudad, envolviéndose en su velo nocturno, nos llamaba con fuerza. El Cementerio cambiaba tan velozmente el color dulce y apacible de la tarde por el temeroso matiz nocturno en que los ruidos advierten de crímenes y apariciones, que salíamos, aunque paso a paso, para no confesar las inquietudes que nos embargaban. Al pasar por la pared de los muertos humildes donde quedan los cuerpos ordenados y metidos como cartas en un casillero de correos, Claudio solía señalarme un nombre, una fecha y un verso.

Laura Cueto
15 años

*Un rosál cria una rosa,
una maceta un clavel,
y un padre cria a su hija
sin saber para quién es...*

—Yo sé ya de quién es Laura Cueto, decía Claudio. ¿De quién es? Pues de la tierra, del lodo voraz de donde salimos y regresamos en la gran cita con la Desnarigada, donde no faltará nadie.

Otra tarde salimos por ese mismo barrio. Había muchas casas en arriendo por ahí y las visitábamos para entretenernos.

El chalet de su amada misteriosa era, como dijimos, de dos pisos. Tenía una

gran puerta al medio, a la cual se subía por tres gradas de piedra; nunca vi abiertas sus ventanas. Siempre estaban cerradas y daba una gran nostalgia de abrirlas, de ver irrumpir dentro el aire. Tampoco vi a la niña que hacía suspirar a Claudio, y como jamás he vuelto a encontrar rastros de la calle o de la casa, me parece que fui juguete de una sugestión. Pero recuerdo cada detalle con intensidad. Claudio me dijo una vez:

—Creo, Joaquín, que me he enamorado de un fantasma. No he podido averiguar ni siquiera su nombre; la seguí una noche de fiesta desde la Plaza de Armas y llegué hasta su chalet, donde no he visto entrar jamás a un hombre. Una mañana fui a dar dos aldabonazos en esa puerta y sonaron a hueco. Miré el jardín musgoso, donde yacían botellas quebradas y unos juguetes viejos y destrozados. Al cabo de mucho rato, que lo mismo pudo ser una hora como quince minutos, se abrió la puerta y vi en el gran silencio y la oscuridad de un vestíbulo grande a tres mujeres viejas que zurrían o hilaban.

No hallando qué decir, y turbado, y sin venirme un nombre a los labios, les pregunté que si vivía ahí yo mismo, que si vivía en ese chalet Claudio de Alas... y, sin levantar la vista, las tres ancianas flacas dijeron: sí...

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Salí, cerrando la puerta. Eran las Pascas sin duda.

—Yo sé que mi amada es un fantasma —siguió diciendo Claudio de Alas. Lo sé porque los fantasmas no proyectan sombras y yo la he visto en noches de luna llena y en días de sol y su cuerpo no da sombra... Mira, me dijo, señalando el chalet. Tampoco da sombra...

Miré el chalet y, en efecto, no sé qué sería, pero estaba como aislado, perfectamente libre de sombras de ninguna clase, todo en la misma claridad cenicienta que tenía el cielo a esa hora. El aire estaba lleno de ese perfume de coronas de cementerio que se suele sentir al final de la calle Recoleta y en la avenida de La Paz.

SU MUERTE.

Una tarde, en el Café de la Paix, acantilado parisense donde azota la ola de los bulevares, uno de esos amigos viajeros que topo cada cierto tiempo, en diversas latitudes, me dijo cómo murió Claudio. Que-dé pensativo un buen rato.

En Santiago fue ese poeta una renovación de nosotros los más ingenuos, jóvenes e ignorantes de entonces. Nos trajo un acorde de la Bohème pasada por los vergeles de Cali. Una época en nuestra juven-

tud queremos ser tenores; otra, bomberos; otra, Rockefellers. Claudio nos hizo querer ser bohemios. Es lo menos que se puede querer ser, lo más barato y lo más triste. Nos afiliamos a él todos los que nos sentimos un poco abandonados o un poco incomprendidos por cualquier motivo. El siguió hasta el último fiel con sus sueños, con su bohemia. Se negó a hacer el tratado con la vida, indispensable para durar; jamás admitió esa conversión a las realidades que Pérez de Ayala llamó "el pacto con los vientres perezosos". Murió llamándose Claudio, como los peles de Mürger.

Desde mi butaca cómoda, a la luz de la lamparilla eléctrica y el calor de la estufa, yo, la momia perfumada de aquel Edwards Bello de los *Tres meses en Río*, saludo al amigo que decía sarcasmos agradables y elogios pomposos con su *risa de pelota rota*.

Partió a Buenos Aires por suscripción; llegó allá; tanteó; vagó. Una tarde mató a su perro para que le precediera y acompañara... después se destapó los sesos. Este extraño suicidio hizo exclamar a su amiga, la señora Chamorro:

"¡Hasta para matarse hizo un perro muerto!"

—¡Pobre Claudio! Sabía también adivinar el porvenir como Darío y Queiroz. Dejó una obra interesante, profética, sobre el señor Alessandri; no obstante, nadie la lee, por cuanto carece del prestigio que da un escritorio ministro y un sillón abacial. Ha desaparecido de las librerías como un escándalo.

Claudio de Alas no fue de aquellos espíritus que pretenden huir de la estupidez humana, refugiándose en islas. Al contrario: su pobreza o su carácter le llevaron a buscar la tontería. Cultivó toda clase de personas, frecuentó los más diversos círculos —aun los peores— y conoció la tristeza de verse menospreciado por eso mismo. Las sociedades pequeñas no perdonan a los que se prodigan, a los que se entregan fácilmente, creyendo que el público agradecerá esa generosidad. ¡Error profundo! Los seres inferiores que Claudio se dignó tratar y en cuyos oídos vertió su experiencia y su arte, pretendieron hacerse interesantes, baboseando lo que nunca comprendieron. Ese es el castigo dantesco reservado a los pródigos de su persona: su memoria es perseguida por los mismos a quienes hicieron el favor de conceder amistad.

(EN DON ELIODORO YAÑEZ,
"LA NACION" Y OTROS
ENSAYOS, Ed. Ercilla,
1934)

MUERTE DE J.E.B.

por *Hernán Díaz Arrieta*

"EL MERCURIO", 20 DE FEBRERO DE 1968

Un gran periodista, acaso el más cargado de vitalidad que haya estremecido las prensas, durante tanto tiempo, en nuestro país, que por un lado tendía irresistiblemente a la novela y, por otro, con no menor viveza al ensayo de tipo social, podría ser la fórmula que definiera, dentro de ciertos límites, la palpitante personalidad de Joaquín Edwards.

Su prosa hervía desde el primer momento. Cualquier detalle lo hacía entrar en combustión; después, nadie lo sujetaba.

Inútilmente lo llama al orden la sombra del abuelo. El Rector olímpico no podía contra esas fuerzas desatadas, siempre en batalla contra algo que su imaginación fogosa agrandaba, como si su destino consistiera en quebrar lanzas y romper moldes, incluso los que su antepasado construyó.

Quedan todavía, aunque ya no ciertamente jóvenes, los que presenciaron la explosión de sus primeros libros, allá por 1910.

Tras "El Inútil", desahogo de una rebeldía juvenil, y "El Monstruo", autobiografía apenas disfrazada, muchos lectores esperaban que ahí terminaría la carrera del mozo rico y elegante, halagado por la fortuna, perseguido por el amor, uno de esos que aparentemente "lo tienen todo" y no podrían pedir más.

¿Para qué escribiría? Sobre todo ¿por qué, contra quién y para qué iba a protestar? El destino lo había cercado de privilegios y de los dones que más se envidian. Con la mitad, otros se hubieran contentado y puesto a disfrutarlos, saboreándolos.

Pero nadie conoce a nadie: en ese modelo a la última moda había una especie de apóstol, de pensador, poeta, creador de mitos, inconforme, desasosegado, pronto a la risa y a la indignación, violentamente opuesto al medio natal y que se salía de él por todas partes.

Excepcional en la atmósfera santiaguina de medio siglo atrás, Joaquín Edwards Bello no lo era, sin embargo, en su estirpe que ha extendido y prolongado el talento venido de Caracas, pero en dirección contraria, a contrapelo, contra la corriente. Don Andrés la había encauzado en un curso majestuoso: Joaquín Edwards, Iris, Rebeca Matte, cumbres de familia, la dispersaron, en bloques alegóricos, en cascadas chispeantes, en torrente impetuoso y arrollador.

Dotado de ambición política, Chile habría tenido en Joaquín Edwards un líder revolucionario, conquistador de masas. Demasiadas vocaciones de otro tipo lo apartaron y se explayó en el reino de la fantasía, acaparado por el placer fascinante de escribir.

Es la primera sensación que comunica su contacto.

Sea cual fuere el campo que elige, el estilo vibra en sus manos y brotan las imágenes, las paradojas, los atisbos agudos, a veces geniales, también las generalizaciones excesivas y brillantes, accesibles y fáciles, de encendimiento rápido.

Pronto dejó atrás la huella visible de sus primeros maestros. En una crónica enviada desde Madrid cuenta una entrevista con Vargas Vila, sin ocultar los restos de una admiración todavía deslumbrada,

(1) 3
de Madrid y amigo mío, ya muerto, vió la parte de toros y toreros, y exclamó: "¿Hubiera envidiado Corinto y Oro." Era éste el mejor cronista de toros de esos tiempos.

Se cuenta que un día, en sus comienzos de gloria, entró Vicente Pastor en este café elegante de la Carrera de San Jerónimo. Majestoso, llamó al camarero. Ésta es la palabra más adecuada para describir al torero: majestoso.

Le llama y manda:

- ¡Traeme de lo mejor!
- ¿Cognac, coctel, uis, helado?
- ¡He dicho de lo mejor!

El camarero le sirvió un whisky.

- ¿Me has dado de lo mejor?

FACSIMIL DE UNA PAGINA DE SUS CRONICAS. ASI FUERON ENVIADAS PARA SU PUBLICACION LOS DIAS JUEVES EN LA NACION, DURANTE MEDIO SIGLO.

da, aunque ya teñida de ironía burlesca. Su entusiasmo lo lleva no obstante a afirmaciones como ésta: "El estilo de Vargas Vila es como la primera etapa de nuestra vida de iberoamericano: todos pasamos por ahí. Negarlo es como negar la leche de la nodriza hispano-india que nos pegaba a su seno cantando. Negar a Vargas Vila es una cursilería. Vargas Vila y Rubén Darío son los

Pero no está ahí la medida de Joaquín Edwards. Tampoco le dan sus novelas, aunque en ellas abundan los trozos de antología, las páginas maestras, los diálogos vivientes y tal cual figura de corte feliz, humana y noble.

Es el periodismo multiforme y rico, medular y espontáneo, esa prolongada conversación que sostuvo con los lectores, el que mejor contiene las aguas tu-

Ha sido de los grandes altavoces de la cultura general, la caja de resonancia de las ideas circulantes.

Su sensibilidad a flor de piel, de desollado vivo, chocaba de continuo con el ambiente; era su llaga abierta y también su acicate. Quejarse constituía su fuerza. Siempre estaba confesando esa tragedia de expatriado en su tierra, de solitario desconfiado entre la multitud, acechado por fantasmas hostiles: "Voy a contar — escribe en una crónica del año 24— lo que sentí la noche misma que llegué a mi ciudad natal, después de una ausencia larga. Después de haber experimentado sensaciones tan diversas, de haber vivido tan lejos de todo eso, tan lejos, en ciudades maravillosas donde uno se sumerge y donde hasta el propio origen, lo que aferra hacia atrás, parece naufragar en evoluciones sorprendentes, me dolió encontrar una indiferencia grande en la gente, en la poca gente que encontré de mi época. Fue una impresión amarga. Todos me hablaron y me consideraron, sin sorpresa ni curiosidad, como si viniese del pueblo del lado, de Limache o Peñablanca... Valparaíso es grandemente entusiasta para negocios y máquinas, pero no le interesa nada que esté en los dominios de la imaginación, del revuelo intelectual. Yo no llevaba ningún invento nuevo, ni dinero para especular. No llevaba más que una imaginación interior de intensa vida nueva. Un frío ¿cómo le va?, fue una lluvia cruel en los fuegos vivos de mi memoria. ¿Cómo le va?... Es una tenaza de hierro que trae de los caballos al nivel, a la monotonía sin color de la vida vulgar, igual".

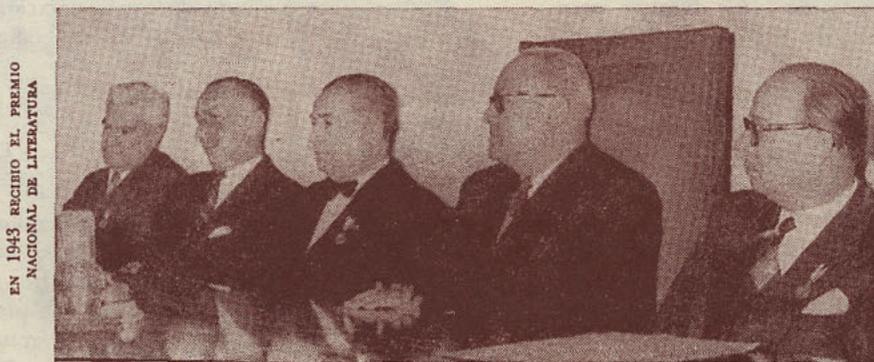
Entre sus múltiples obras hemos elegido ésta de su primera etapa, porque ahí están las raíces y los temas, el tono y el juego de su temperamento, invariable a través de tantas manifestaciones.

Orgullosa y tímida, aristócrata y popular, delicada y agresiva, con la cabeza llena de ideas disparadas como cohetes, realista hasta la crudeza, nunca se entrega a la tentadora poesía que deja asomar, como si se le escapara, veteada de ternura compasiva y de una hiperestesia que lo vuelve huracán.

Vivió y ha muerto protestando.

Fue el rescate de haber recibido demasiado en la primera juventud, de haberlo tenido todo al comenzar. Sin entenderse a sí mismo, creía que los demás no lo entendían. Y acaso ahora solamente, reducido a perpetuo silencio, empiece a aclararse el misterio de una de las personalidades más complejas, aunque parece difícil que alguna vez se llegue al fondo.

También, por lo demás, el abuelo legendario, pese a la caudalosa exégesis, gloriosa o informativa, que lo envuelve, permanece incógnito en su estatua pensativa. Del uno al otro, un rico veneno de interpretaciones y estudios se ofrece al historiador de las letras nacionales. Por ahora, quien vio al nieto aparecer y desarrollarse, sólo experimenta la congoja de haberlo visto, trágicamente, desaparecer.



EN 1943 RECIBIO EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

más grandes innovadores americanos. Darío abrió una puerta ignorada al arte. El colombiano inició una revolución gigante de la retórica y nos dio una impecable lección de originalidad, energía y rebeldía. A pesar de sus pequeñas contradicciones, era siempre igual en su esencia, señala el único camino posible de nuestras juventudes". ¿Pensaba en los comienzos de Gabriela que también adoraba al ídolo? En todo caso, faltan infinitas restricciones que marcan un temperamento sin reposo, apasionadamente generalizador.

multuosas y revueltas. Una colección simplemente cronológica de sus artículos de prensa compondría un mural histórico por donde la actualidad desfilaría con su relieve, su color, sus encontradas voces y un acento a veces dramático, de visionario. Joaquín Edwards ha sido de los pocos que han tenido público personal capaz de seguirlo, una legión de miradas atentas que encontraban imperfecta la imagen del presente si un artículo suyo no la había reflejado, como otro acontecimiento. Podía disonar, podía discutir; nunca dejaba indiferente ni causaba fatiga.



JOAQUIN
EDWARDS
BELLO

El Roto

JOAQUIN EDWARDS BELLO • EL ROTO



50 años después de la primera versión (LA CUNA DE ESMERALDO), la novela EL ROTO aparece en edición definitiva, corregida y aumentada por Joaquín Edwards Bello antes de su muerte. En Colección CORMORAN, Editorial Universitaria 1968. Prólogo de Alfonso Calderón

EDITORIAL UNIVERSITARIA

horquillas, alfileres o agujas y, sobre el cabito de vela, la pulga inevitable, o una chinche quemada. En la caja, maleta ordinaria cual las que usan los emigrantes, guardaban los paños de uso, pequeñas servilletas blancas, cuadradas, unas medias de color, usadas; unas botas altas, un peine grasiento y el *Libro de los sueños*.

Bajo el catre, la escupidera, pomposamente tapada como si encerrase un manjar. En los cajones de la cómoda, bajo el lavatorio, o colgando de alguna percha, guardaban los vestidos hechos ahí mismo por alguna amiga de la patrona que se los vendía a precios fabulosos, sistema magnífico para explotarla, endeudándolas en tal forma que insensiblemente se hacían siervas. Un vestido sencillo, de satén, y las botas de tacón alto eran su lujo. Las prendas de vestir duraban poco en esa agitación, de tal manera que estaban siempre endeudadas, pero no respetaban al dinero. No le daban ninguna importancia.

El salón era lo más hermoso de la casa: ancho, grande, alfombrado de rojo y empapelado de verde, con gran espejo, piano y sillas poltronas tapizadas del mismo color de la alfombra. En el testero principal, una oleografía llamativa de la familia real italiana, y en los laterales estampas en colores y de grandes dimensiones representaban escenas polares: una caza de osos blancos en el Mar del Norte, y un barco de pescadores surcando un mar plagado de témpanos, bajo los rayos rojizos del Sol de Medianoche.

La habitación de la patrona era una especie de bazar con colgaduras de colores y olor a ratón. Constantemente entraban niñas preguntando: "¿Dónde estará el destapador?". En confusión estrafalaria se veían muebles dorados, un santo quiteño adornado como otra niña, un juego de ajedrez, una vaca de cartón, un antejo de teatro, y un Balmaceda, de yeso, con la banda pintada en la barriga. Encima de la mesa un gato empajado era el dios de esa pagoda. La habitación tenía un vaho especial como las tiendas de fruta y chancaca. Ella se llamaba doña Rosa, estaba afligida de una

cojera fenomenal y aseguraba, como todo chileno, que pertenecía a una gran familia. La vanidad suele tener caracteres de elefantiasis.

Pero la mayor debilidad, que la ballena no confesaba, era su *camote*. Se dejaba explotar por un chico de ojos garzos y cabellos ensortijados, vicioso y pervertido, que tiraba su dinero en las carreras de caballos, en los prostíbulos de lujo y los garitos del barrio central.

Le amaba con locura senil. Para ella los cabellos rubios eran la marca de todas las distinciones: el chico los tenía como el oro puro. Era un rapaz cínico y bonito, retoño postero de una familia de hacendados devotos empobrecidos por el clero y la Bolsa. Sus manos finas y blancas revelaban el ocio elegante de tres generaciones cuyo tronco remontaba a un sillón de caoba y seda granate de una Real Audiencia.

III

ESMERALDO, DIO SUS

primeros pasos ahí.

Hasta los tres años fue mimado por las niñas y se familiarizó con sus costumbres. Lanzaba palabrotas que eran muy celebradas y su madre sonreía con benignidad, encantada de ese cachorro que prometía ser todo un hombrecito. Violeta fue a usurparle gran parte de los halagos y caricias pesadas de esas mujeres besuconas, más cargosas cuando no se quedaban. En esos retoños plebeyos carnosos y tibios entretenían su secreto y hondo instinto de madres trucas. Violeta fue para ellas un regalo del cielo con su carita fina rodeada de bucles; en ella veían una futura mujer de la vida, una continuación de ellas mismas; pero ¡qué hermosa!; ¡cómo engañaría a los hombres con esos ojazos que ya despedían fulgores! ¡Y las manitas!... ¡Y los cabellos!... —Sin duda sería de las elegantes, ¡arrastraría coche y llevaría sombrero con plumas!... Aún no sabía decir mamá la criatura cuando ya le ponían polvos de arroz y la emperifollaban

36